



facebook.com/diocesisdealbacete
twitter.com/DiocesisAlbact

7 Abril 2013
2º Domingo de PASCUA
Domingo de la Divina Misericordia

Con humilde determinación...

El Concilio Vaticano II

Fco. Javier Avilés

A finales de 2005, Benedicto XVI, hablaba del 50 aniversario del Vaticano II. Para ello convocó después el Año de la Fe. Estamos pues de enhorabuena, pese a quienes lo temieron y lo miraron con ojos escépticos, hubo un concilio y hay un presente cuajado de promesas y frutos, una vitalidad fecunda del Vaticano II.

En aquel discurso Benedicto XVI decía que hay dos lecturas del concilio, una basada en la reforma de lo que la Iglesia ha sido siempre, y otra de ruptura o discontinuidad. Pero la única ruptura posterior al concilio ha sido la de un pequeño grupo que se negó a acogerlo y emprendieron otro camino que los devolvía al misal del siglo XVI, la pastoral del siglo XIX y, en definitiva, mantenía la ruptura de la Iglesia con la modernidad. Porque desde luego que en algo sí que el Vaticano II supone un punto de no retorno: la *Gaudium et Spes* reconcilia la Iglesia con el mundo. No somos del mundo, pero tampoco estamos contra él, es más, el fin de la Iglesia es servir a la humanidad con el bien mejor que ella porta, la vida plena que nosotros llamamos salvación y que hemos encontrado en Jesucristo.

Aquel concilio contó, desde el anuncio de su convocatoria por Juan XXIII (25 de Junio

de 1959) con reparos por parte de quienes pensaban que nada había que cambiar. Pero fueron los propios padres conciliares los que sí creían necesario acometer una reforma de la liturgia (*Sacrosanctum concilium*) y volver decididamente a poner la Palabra de Dios en el centro (*Dei Verbum*).

El reconocimiento de la libertad religiosa (*Dignitatis humanae*), la apuesta por el diálogo ecuménico (*Unitatis redintegratio*) y la valoración de las otras religiones (*Nostra aetate*) eran muestras de la esperanza que la Iglesia depositaba en el Evangelio vivido como un fraterno Pueblo de Dios (*Lumen Gentium*). La humilde determi-

nación de Juan XXIII y la fuerza del Espíritu lo hicieron posible. Su actualidad requiere no cejar en el empeño de seguir conectando la Iglesia con los hombres y mujeres de hoy.

Patrimonio

San Jorge en Golosalvo

Pag. 2

Mons. Ciriaco Benavente

La Resurrección reanima y resucita nuestra fe

Pag. 3

Hablando con...

Juan Rubio. Director de "Vida Nueva"

Pag. 4



PATRIMONIO

San Jorge en Golosalvo

Luis Enrique Martínez

La pequeña localidad de Golosalvo guarda en su Iglesia parroquial una imagen singular de su titular San Jorge. La obra documentada, fue realizada por Francisco Salcillo en 1742 por encargo del cura párroco D. Sebastián Sotto Viala, y sufragada por los vecinos que acogieron la idea y contribuyeron con sus trabajos agrícolas, como nos describe el cura párroco en el correspondiente libro de fábrica de la misma.

Se dice que San Jorge, guerrero legendario, santo y mártir, nació en Capadocia (Asia Menor) y que murió en Lidia (Palestina) a finales del siglo III. Desde muy antiguo fue venerado en la iglesia griega y se populariza en Occidente en el s. XIII. Es patrón de varias ciudades europeas, entre ellas Venecia y patrón de Inglaterra desde 1222, y también de esta localidad y en Madrigueras.

Lo peculiar de esta imagen, es que se trata de una imagen ecuestre, en la que el santo vestido como soldado romano monta el caballo encabritado al tiempo que hunde su lanza en la boca del dragón. Aunque se trata de una obra para procesionar, la composición es lateral y su punto de visión se realiza desde la izquierda, de hecho hay constancia de un nicho para el santo en el que se colocaba lateralmente. Recrea la escena más conocida de la iconografía de este santo mártir, San Jorge y el dragón. La clave del tema está en el dragón. Para los primeros cristianos el dragón simboliza el mal, en particular el paganismo. La conversión de un país pagano al cristianismo por obra de un santo podría representarse en forma simbólica con la matanza de un dragón con la lanza.



Este el caso de San Jorge cuya legendaria historia lo sitúa en Capadocia salvando a una doncella de las fauces del Dragón que tenía atemorizada a la población y al que para saciar su hambre le ofrecían animales, finalmente, doncellas. De esta manera San Jorge llegó a significar el paso de Capadocia a la fe, personificada por esta doncella.

En este sentido San Jorge es un santo evangelizador que por una parte convierte poblaciones a la fe, hasta el extremo de dar la vida, y por otra es un santo defensor de los peligros del mal. Es posible que en años de enfermedades y epidemias este pueblo sencillo encontrara en esta advocación legendaria la protección ante situaciones difíciles, sequías, epidemias y enfermedades, como otras poblaciones lo hicieran con San Sebastián o San Antonio Abad.

Cuando acabo de escribir estas líneas, el cardenal protodiácono anuncia al mundo el nombre del nuevo Papa, Jorge Mario Bergoglio. ¿Qué casualidad? ¿Se identificará este papa con su patrón en la necesaria evangelización y defensa de la fe? Por lo que ahora se dice de él, parece que sí.

EVANGELIO DEL DÍA

Al anoecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros.» Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.» Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.» Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor.» Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.»

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros.» Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.» Contestó Tomás: «¿Señor mío y Dios mío!» Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.» Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Jn 20, 19-31

Breves

SEMANA DE LA FAMILIA

El matrimonio y la familia comunidad de vida y amor

► Hoy, con un café-tertulia a las 18 h. en la Casa de Ejercicios, comienza la XXIII Semana de la Familia. Mañana lunes, nuestro Obispo celebra la eucaristía a las 20 h. en la Catedral, en la solemnidad de la Anunciación del Señor, Jornada por la Vida (trasladada del 25 de marzo). El martes día 9, Antonio Ríos Sarrió imparte la ponencia: "El matrimonio comunidad de vida y amor" y el miércoles día 10, lo hace Alfonso Salgado Ruíz con el título: "La familia comunidad de vida y amor". Las ponencias tienen lugar a las 20 h. en el Salón de Actos de CCM.

SECRETARIADO ENSEÑANZA

Jornada Diocesana Educativa

► El sábado día 13, de 10 a 14 h. en el Salón de Actos de la Diputación tiene lugar la VI Jornada Diocesana Educativa. Este año cuenta con la presencia de José Antonio Sayés, doctor en teología que imparte la conferencia: "Fe y Cultura, en vivo" y el testimonio de La Voz del Desierto, grupo musical formado por sacerdotes y laicos. Una Jornada que, año tras año, despierta el máximo interés en profesores, padres, catequistas, sacerdotes, religiosos... por su contenido y enfoque.

Abril

11 JUE Retiro curas Arciprestazgo Hellín

12-13 VIE-SAB Encuentro Jóvenes Castilla-La Mancha



La Resurrección reanima y resucita nuestra fe

✠ **Ciriaco Benavente**
Obispo de Albacete

Jesús les había dicho a sus discípulos: *“Dentro de poco ya no me veréis, pero dentro de otro poco me volveréis a ver. Lloraréis y os lamentaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría”* (Jn. 17,16.20). Sin embargo, la muerte se había cobrado su triunfo más brillante y más cruel: Jesús de Nazaret, el que pasó haciendo el bien y sembrando esperanza, el único inocente de los hijos de Adán, había sido procesado, condenado, muerto en cruz y sepultado. Con su muerte había muerto la esperanza. El desconcierto, la frustración y el temor, un temor lúcido, frío, soberano e inamovible se había apoderado del corazón de los discípulos. Y ahí están ahora muertos de miedo, como perros apaleados. Una losa más grande y pesada que la del sepulcro había caído sobre ellos. Aparentemente todo había acabado. Allí quedaban enterradas todas las experiencias compartidas, toda la esperanza depositada en el joven profeta galileo por el que, un día, lo habían dejado todo.

“El primer día de la semana, estando reunidos los discípulos en el cenáculo con las puertas cerradas por miedo a los judíos, Jesús se presentó en medio y les dijo: La paz con vosotros. A continuación les mostró las manos y el costado”.

Ahora, cuando aparece Jesús resucitado, no se lo pueden creer. Tiene que mostrarles las marcas de los clavos y la cicatriz todavía fresca de la llaga del costado. Y la tristeza se convirtió en alegría: *“Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor”*, dice el evangelista Juan, que nos cuenta la escena.

Así debe ser nuestra alegría pascual. Y qué hermoso lo que sigue, qué prueba de confianza: *“Alentó sobre ellos y les dijo: Como el Padre me envió, yo os envío: Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”* (Jn 20, 23). A unos pobres hombres, que le habían abandonado y negado hacía tan poco tiempo, les encarga ser ahora sus labios, sus manos, su rostro.

No es el ánimo o el entusiasmo lo que hace resucitar a Jesús en la conciencia de los discípulos, es la realidad de la resurrección lo que reanima y resucita la fe de los discípulos. El resucitado no sólo está vivo, es dador de vida. Por eso, alienta sobre ellos el soplo de vida que es el Espíritu Santo.

Los signos de este resurgimiento son dos: el primero es la misión como participación en la misión misma de Cristo; el segundo es el perdón de los pecados y la capacidad de perdonar, hasta

el punto de que lo que el enviado realice, bajo la acción del Espíritu Santo, será ratificado por Dios mismo.

Tomás no estaba en el grupo cuando vino el Señor. Sólo llegó a tiempo de presenciar el entusiasmo y el gozo de sus compañeros. Parece que le molestó ver lo pronto que aquellos hombres, tan cobardes y mezquinos, se había aupado al carro del triunfo como unos pobres ilusos. Tomás necesitaba ver las llagas que habían preparado y merecido aquel triunfo, si es que era verdad que el crucificado había resucitado. Sabía que las exaltaciones pseudo-místicas son poco fiables.

A los ocho días se presentó de nuevo Jesús estando ya Tomás presente. Conocemos lo que pasó. Tomás nos ha dejado una preciosa confesión de fe, y, como respuesta, Jesús nos regaló la última bienaventuranza del Evangelio: *“¡Dichosos los que crean sin haber visto!”*

«El resucitado no sólo está vivo, es dador de vida»

“La incredulidad de Tomás, escribe san Gregorio Magno, ha sido para nosotros más útil que la fe de los discípulos que creyeron”. Ahora sabemos que estamos en el camino de las bienaventuranzas cuando *“le amamos, sin haberlo visto”* (1 Petr.1, 8). En la Eucaristía extendemos la mano y recibimos sacramentalmente su cuerpo; tocamos sus llagas gloriosas, fruto del amor, y Él toca las llagas purulentas de nuestro egoísmo y de nuestro pecado. Y somos curados. Y somos bienaventurados.

No es por azar que el evangelista sitúe ambos hechos en el domingo, el primer día de la semana. Cuando Juan escribe su evangelio ya habían empezado las persecuciones. Y sin embargo, cada domingo, misteriosamente, cuando se juntaban para “la fracción del pan”, sentían que era Pascua, que allí alentaba el resucitado en el corazón de sus vidas, dándoles fuerza para vivir y afrontar los peligros. Y se llenaban de alegría, se fortalecía su esperanza y se renovaba su corazón, se sentían enviados en medio de un mundo frecuentemente hostil, portadores de la misma misión de Jesús para renovar la creación.

+ *Benavente*

Juan Rubio

Director de la Revista "Vida Nueva"



Juan Rubio es el director de la Revista "Vida Nueva", líder en información religiosa. Es de Jaén y conoce "el frío de esta tierra y la calidez del corazón de la gente de Albacete", pues como sacerdote estuvo aquí hace unos 20 años, en la Sierra del Segura. Recientemente nos ha visitado, para participar en el curso de formación de profesores de Religión, en torno a la plena vigencia del Concilio Vaticano II y la necesidad de conocer y asumir todos, cada uno en su labor, -en especial los jóvenes, "que se entusiasmarían"-, su vital aportación a la Iglesia como luz de las gentes.

PREGUNTA. En este Año de la Fe celebramos el 50 Aniversario del Concilio Vaticano II. En el Plan Diocesano de Pastoral "Nos renovamos para evangelizar", y toda la Iglesia, nos referimos al concilio. ¿Por qué esta vigencia?

RESPUESTA. Porque está más joven que nunca y creo que es importante que hoy vivamos de la fuerza, del espíritu y de la letra de aquel acontecimiento eclesial. Después de su celebración, el Papa Pablo VI dijo que el concilio ha sido el momento en que la Iglesia se ha puesto a ser samaritana y se ha acercado al hombre que sufre. No olvidemos que tuvo lugar en los años en que Europa estaba en un vacío terrible, levantándose de la ruina tras la guerra mundial. Con el concilio, la Iglesia se acerca al hombre que sufre para darle una razón de vivir y de esperar; para amarlo y curar las heridas, también para ofrecer una luz para aquellos que habían ido perdiendo la fe; tanto a los alejados como a los no creyentes.

P. Fue ese gran vendaval de aire fresco que entró en la Iglesia, renovando sus instituciones.

R. Sí. Renovó la Iglesia por dentro, ya desde entonces no fuimos los mismos. Después, sus instituciones, como cuando abres una casa y se ventilan. Y también nos ayuda a renovar nuestra percepción del mundo, a amar intensamente el mundo. Sus cuatro grandes constituciones venían a ello.

P. De cara a los jóvenes, ¿cómo podemos ayudarles a conocer todo lo que supone el concilio?

R. Es importante que lo conozcan. Yo siempre les pongo este ejemplo: tomar el concilio y el Evangelio como los dos grandes programas que hay que poner en el ordenador y después, reiniciarlo, para que se vayan los virus y se actualice con la Palabra del Señor y con los documentos del concilio, pero sobre todo, con el espíritu de la Iglesia que quiere siempre renovarse, bebiendo en la Palabra de Dios y en la tradición de la Iglesia, que en el concilio tiene un punto importante. Creo que los jóvenes se entusiasmarían con él, por eso he escrito un libro, Hubo una vez un Concilio. Es como un elixir: todos hemos de acudir a las aguas y al espíritu de los textos del concilio, para rejuvenecernos, aprendiéndolos y asumiéndolos, cada uno en particular.

P. ¿Cuál ha sido la aportación más importante del concilio?

R. A simple vista, que la misa es en castellano, no en

latín; que se hace de cara a la gente y no de espaldas... pero esto no es lo más importante. Lo fundamental es que la Iglesia empezó a pensar en lo que es ella misma, como pueblo de Dios, no como la cúspide de la pirámide en la que arriba está el Papa, después los cardenales, los obispos y al final el último sacristán. No. Todos, el pueblo entero de Dios camina y cada uno tiene una misión, pero vamos todos caminando y Cristo es el que está a la cabeza, quien nos lleva a todos. Desde ahí, el concilio nos puso el escenario para que nosotros nos moviéramos, donde nadie es más ni nadie es menos: todos sirven a este gran pueblo de Dios en la Iglesia, en su caminar hacia el Reino.

P. ¿Puede describirnos brevemente cuáles son las cuatro grandes constituciones del concilio?

R. Las cuatro grandes constituciones desarrollan lo más fundamental que tenemos los cristianos. Imaginemos una percha que tiene una base de la que salen tres brazos. Pues la base fundamental es la constitución sobre la Iglesia, Lumen Gentium (Luz de las gentes), es decir, qué es la Iglesia, pueblo de Dios que peregrina, y de ahí salen tres brazos: la Iglesia que escucha la Palabra de Dios, Dei verbum; la Iglesia que celebra la fe, la Sacrosanctum Concilium, y la Iglesia que vive en el amor, la Gaudium et spes (los gozos y las esperanzas). Esos cuatro documentos están ensamblados perfectamente. Después, tenemos los decretos conciliares.

es noticia...



El Obispo junto con un buen grupo de sacerdotes celebraron la misa de Acción de Gracias por el inicio del pontificado del Papa Francisco.